

Víctor Ruiz Iriarte

Pérez Madrigal y... Shakespeare

El espíritu inquieto y glorioso de aquel gran poeta, que distraía los ocios de los aldeanos de Buckingham, con sus versos y sus comedias, mientras era sañudamente combatido, por los conspiradores cortesanos, en las regias cámaras de la reina Isabel de Inglaterra, que alguien llamó «la Vestal de Occidente», es siempre el tema categórico de afirmaciones, y el brillo cultural de muchos escritores, que no dudan, ni titubean en arrastrar a sus artículos, como firmes puntales, alguna frase o sentencia del inmortal inglés.

Con el título exótico e incongruente de: «El señor Shakespeare tiene la palabra...», publica el inquieto diputado de la mayoría señor Pérez Madrigal, un artículo en «El Imparcial», que a fuer de persona incompetente anonada mi entendimiento.

Yo no creo tener, como dicho diputado, «un caudal de erudición literaria»; pero en la corteidad de mi pluma, no acierto a comprender la relación existente, entre las divagaciones de Pérez Madrigal y las profundas filosofías shakesperianas.

El señor Pérez Madrigal, a imitación de su compañero Galarza, que él calificó de «bizarro Adelantado de las intrépidas tropas ministeriales», parece que trata de tender la mano –como un torero presuntuoso después de un lance poco brillante– hacia el tendido y conseguir un aplauso que es otorgado a duras penas. Parece que trata de reconciliarse con esa masa de votantes, que le colocó en su escaño parlamentario. Pero sepa el señor diputado, que la situación, ante el concepto público de un soldado de las tropas ministeriales en el momento actual, no cuenta con ninguna simpatía. Y esta no se consigue con notas estrepitosas, ni con artículos, que quieren desprender de sus líneas un débil hálito de rebeldía.

«Ser o no ser», dijo Shakespeare. Conformes. Pero es que, en el «ser» estriba el «saber ser lo que se debe ser», no lo que las circunstancias aconsejen, porque el seguir una corriente de opinión, no tiene valor. Lo meritorio es anticiparse a esa opinión y encauzarla. O lo que es igual: hay que crear un estado de opinión, y que sea la opinión la que siga al político; no el político el que reciba los vaivenes de una opinión, siempre variable, como toda intuición de cerebro humano. Y el señor Pérez Madrigal, no puede crearse un ambiente admirativo en torno suyo. Demasiado lo tiene formado como ingenioso polichinela, en el espectacular teatro de la farsa parlamentaria. Sus intrépidas interrupciones, y sus insultos, han sido coreados y admirados como sonetos de Dante, por esa mayoría, que él califica de «Pobres dementes», y las minorías de oposición, que ahora quiere admirar en lo que valen –cuando antes negaba lo que representaban– y hasta se permite reconocer públicamente sus méritos, como en un alarde de tardía e innecesaria pleitesía, no pueden olvidar que algún republicano eminente tuvo que morder sus labios y aprisionar sus impulsos para no contestar debidamente a las «ingeniosidades» de Pérez Madrigal y compañía. La ironía burlesca con que en su artículo trata a sus camaradas, no es más que el prurito inocente de querer revalidar su personalidad ante las gentes. Es el temor de su conciencia ante un próximo pleito electoral. Es el fin de un acta parlamentaria virgen de toda actividad. Es el querer «ser» ahora, lo que «se debía haber sido antes...» Es..., como dice el gran Salonio de la farsa shakesperiana, «la tristeza de Antonio obedece a que piensa en sus mercancías»...

El señor Pérez Madrigal ha tenido, como todos los diputados de la mayoría, situaciones y momentos en que las frases zumbonas de su artículo podían haber sido transmitidas al Diario de Sesiones... La situación pública de un diputado indisciplinado es siempre brillante y simpática. Brillante, porque la rebeldía es siempre atractiva, cuando se basa en una verdad. Es instinto humano de hombres y mujeres admirar el pendón de conquistador que llevaba un alzado de insurrección. En la Edad Media todo caballero que se alzaba en contra de algún señor de horca y cuchillo, tiránico y feudal, se convertía pronto en héroe de mujeres y en protagonista de romances de trovador. Pero todo en la vida tiene su época y su momento, y el momento de usted, señor Pérez Madrigal, ha pasado... Ahora supo escoger el minuto preciso en que su conciencia de español y su deber de diputado disciplinado luchaban cruelmente; y supo imponerse. Y venció el español, antes que el hombre de partido. Como siempre, en estos casos admirables de ciudadanía, la conciencia particular se impone al deber colectivo, que es lo verdaderamente edificante, el triunfo de la propia moral, ante el falso honor de las gentes..., y otra vez el poeta inglés, nos da la solución al dilema: «Si fuera tan fácil obrar, como saber lo que es mejor, las capillas serían iglesias y las cabañas de los pobres palacios de príncipes».

Entre toda la hermosa obra de Shakespeare, brotan algunos personajes de humor grotesco, que acompañan con sus burlas las ironías filosóficas de los héroes centrales; así, en su «Mercader de Venecia», la nobleza y generosidad de Antonio se ve semiinterrumpida por la avaricia caricaturizada de Salonio, judío y prestamista, y a lo largo de la obra del inmortal, y bajo diferentes nombres y personajes campea el Puck, travieso y juguetón, inspirador de pasiones e inductor de defectos. Así, lo mismo en nuestro Parlamento, se yergue alguna silueta de Antonio con todo su esplendor; algún Salonio, con toda su ridícula avaricia, y no falta el diablillo Puck..., que quiere jugar impunemente con los Antonios y con los Salonios.

Quizá el señor Pérez Madrigal siga pensando con Shakespeare y repita «su mentís», y a solas con su conciencia, como el célebre Mercader: «Yo no tomo el mundo sino como es, Graciano, un teatro donde cada uno tiene un papel que representar y el mío, ahora, es estar triste».

La tragedia íntima de usted, señor Pérez Madrigal, como la de todos sus compañeros de mayoría, es tan numerosa –y por ser numerosa, vulgar– que no merece conceder la palabra, para resolver, al espíritu del poeta de los aldeanos de Buckingham.